

SEMÁNTICA Y LÉXICO
TOPOÍ, ESTEREOTIPOS, Y FRASES GENÉRICAS.

JEAN-CLAUDE ANSCOMBRE
C.N.R.S (URA 1720), E.H.E.S.S.¹

1. Introducción.

En esta intervención, me propongo abordar el problema complejo pero básico del valor semántico de las palabras, el cual puede resumirse a la aparentemente simple pregunta ¿Qué hay detrás de las palabras?. Digo «aparentemente simple» por la sencilla razón que quien se proponga dar una respuesta a esta pregunta se verá en realidad obligado a plantearse no uno sino tres problemas fundamentales, a saber:

1. ¿Cuál es la relación concreta entre el valor léxico y el mundo real?. De sobras conocido, éste es el problema del papel que desempeñan los fenómenos de referencia dentro de una teoría semántica, especialmente cuando se trata de una teoría del significado léxico.

2. ¿Qué tipo de representación será el más adecuado para el valor léxico?, o sea, ¿Qué tipo de representación tendrá más poder explicativo?

3. ¿Cuáles serán las relaciones entre este componente léxico y los demás componentes, especialmente los componentes morfológico y sintáctico? Nótese que con esta última pregunta, dejo ver parte del «bulto»: que soy un defensor de una lingüística de tipo modular. Esto es, que hay con-

¹ Mi más sincero agradecimiento a la Sociedad Española de Lingüística por su grata invitación al XXIV Simposio, así como a todos aquellos que han colaborado con sus comentarios y sugerencias en la elaboración de este texto.

xiones entre los diversos componentes de la gramática en el sentido generativista de la palabra.

Evidentemente, las tres preguntas no son en absoluto independientes. Tocan temas que están estrechamente vinculados, pero aquí separados por mera comodidad pedagógica.

2. El problema del significado: referencia y pragmática integrada.

En términos saussureanos, una palabra (o un grupo de palabras, o un sintagma, o una entrada léxica), es el conjunto de un significante y de un significado. Sólo nos interesará aquí el significado, porque es, por una parte, una noción central de la semántica lingüística, y porque da lugar a la conocida problemática de la referencia por otra parte. ¿Cuál es esta problemática? Partiremos de la base que todas la teorías semánticas (o al menos casi todas) se basan en dos postulados fundamentales, a saber los siguientes:

(P₁) Con enunciados (o sea cadenas de ocurrencias de palabras, formadas en conformidad con ciertas reglas) somos capaces de hablar del mundo real, de referir a la realidad².

(P₂) Las palabras tienen un valor semántico, el llamado significado, cuya descripción es precisamente el propósito de la semántica.

En lo que se caracteriza una teoría semántica —y se separa de otras teorías— es en la manera de combinar estos postulados. Hay teorías en las cuales, por decirlo así, P₁ ≡ P₂. O sea, que el significado es la mera descripción del referente. Es el punto de vista de Searle por ejemplo, al menos del Searle de *Los actos de habla*³. En otras teorías, el significado no es una simple descripción del referente, sino un punto de vista sobre este mismo referente. El ejemplo más conocido de una teoría tal es la distinción fre-

² Esta capacidad es, de todos modos, discutible porque es limitada. La parte del mundo real a la que se puede referir mediante el habla es sólo una parte mínima de la realidad. Dudo mucho, por ejemplo, que uno consiga aprender a jugar al tenis o a coser un botón... por teléfono.

³ Para el Searle de *Los actos de habla*, todo enunciado se analiza en una marca ilocutiva (que funciona como un predicado) y un contenido veritativo (el referente de una proposición es su valor veritativo). A su vez, el contenido se analiza en un predicado (el sintagma verbal) y un referente (el grupo nominal).

geana entre el *Sinn* (el significado) y la *Bedeutung* (el referente), pero la mayoría de las teorías tipo *Mundos posibles* pertenecen en realidad a la misma línea de investigación.

Intentaré defender aquí otra línea teórica, situada en el lado opuesto: que el significado léxico no es de ninguna manera la descripción de un referente, y que los «objetos» que aparecen en el discurso son objetos discursivos, creados por y para el discurso. Llevaré la discusión dentro del marco teórico de la argumentación en la lengua, cuyo contenido voy a resumir en unas cuantas líneas. Partiendo de esta base, introduciré la noción de *topos*, y a continuación, intentaré demostrar la necesidad de distinguir entre dos clases de *topoi*, los *topoi* extrínsecos y los *topoi* intrínsecos. Los intrínsecos son los que tienen algo que ver con el significado de las palabras, con el léxico, como lo veremos en algunos ejemplos. Nos preguntaremos entonces cuál es la naturaleza de estos *topoi* intrínsecos (bajo qué forma van a aparecer en la teoría que intentamos edificar, y por qué motivos). Esto nos llevará a las frases genéricas y a los estereotipos. Por último, mostraré cómo la noción de estereotipo (al menos tal como la concibo) permite dilucidar una serie de fenómenos anafóricos al menos curiosos.

3. Argumentación en la lengua y teoría de los *topoi*.

La teoría de *La argumentación en la lengua* radica en una observación que O. Ducrot y yo hemos hecho en numerosas ocasiones: hay secuencias discursivas (los llamados «encadenamientos») cuya articulación no puede ser prevista sobre la sola base de los contenidos llamados informativos. He aquí algunos ejemplos:

- (1) Pon un cubierto más: puede que María venga a cenar esta noche.
- (2) Quita un cubierto: puede que María no venga a cenar esta noche.
- (3) Pon un cubierto más: puede que María no venga a cenar esta noche.
- (4) Quita un cubierto: puede que María venga a cenar esta noche.

A pesar de la duda que expresa un enunciado como *Puede que María venga a cenar esta noche* (y la duda suele comportarse como una negación), los encadenamientos se hacen únicamente sobre el valor «positivo», y nunca sobre el valor negativo. He aquí ahora otro ejemplo — el comparativo de igualdad — que hemos utilizado con mucha frecuencia, y da lugar al siguiente fenómeno:

- (5) Juan es alto, pero sin embargo, no es tan alto como Pedro.
 ?? (6) Juan es alto, pero sin embargo, es tan alto como Pedro
 * (7) Juan es bajito, pero sin embargo, no es tan alto como Pedro.
 (8) Juan es bajito, pero sin embargo, es tan alto como Pedro⁴.

En términos puramente informativos, este comportamiento del comparativo de igualdad es totalmente imprevisible, dado que el contenido informativo —la igualdad de estatura— no varía. Y tanto más sorprendente cuanto que el giro *tener la misma estatura que*, de mismo contenido informativo que el comparativo de igualdad, no da lugar a los mismos fenómenos, como se puede ver en:

- (5') Juan es alto, pero sin embargo, no tiene la misma estatura que Pedro.
 (6') Juan es alto, pero sin embargo, tiene la misma estatura que Pedro.
 (7') Juan es bajito, pero sin embargo, no tiene la misma estatura que Pedro⁵.
 (8') Juan es bajito, pero sin embargo, tiene la misma estatura que Pedro

Ya que los encadenamientos argumento+conclusión están sometidos a restricciones sin relación con los contenidos informativos de las palabras, llegamos a la conclusión de que parte de la retórica está incluida en la semántica, o sea que hay una «pragmática integrada», dado que la misma retórica es parte de la pragmática.

Ahora bien, una serie muy importante de contraejemplos nos ha obligado a revisar nuestra posición. Por ejemplo, una de las consecuencias de nuestra teoría era que si un enunciado lleva a una clase de conclusiones, su correspondiente negativo lleva a las consecuencias opuestas, como en el caso de:

- (9) Te vas a gastar dinero: este regalo vale 5.000 ptas
 * (10) Te vas a gastar dinero: este regalo sólo vale 5.000 ptas.

⁴ La adición de un *sin embargo* en los ejemplos (5)⇒(8) y (5')⇒(8') ha sido necesaria para descartar una interpretación de *pero* que complicaría la presentación de los hechos, porque no siempre es posible. Se trata del *pero* que aparece en ejemplos como *Juan es alto... pero alto*. Con esta interpretación (que es de tipo exclamativo), (6) sería totalmente natural: *Juan es alto... pero ¡tan alto como Pedro!* Este valor de *pero* tiene características lingüísticas propias: entre otras, es incompatible con *sin embargo*. A la pregunta *¿Cuánto mide Juan?* se puede contestar *Es alto, pero ¡es alto!*, pero la réplica *Es alto, pero sin embargo es alto* sería muy extraña. Para el estudio completo del *pero* «exclamativo», véase García Negroni, 1995.

⁵ (7') suena con toda naturalidad solamente si se supone que Pedro es muy bajito.

- (11) No te vas a gastar dinero: este regalo sólo vale 5.000 ptas.

Chocamos entonces con los siguientes ejemplos:

- (12) No le compres este regalo: vale 5.000 ptas.
 (13) No le compres este regalo: sólo vale 5.000 ptas.

Obviamente, el enunciado (12) es ambiguo. Su locutor o bien es generoso y busca un regalo caro, o bien es algo tacaño y busca el ahorro. Lo cual significa que la interpretación de (12) recurre a un principio ideológico implícito. En otras palabras, la relación entre un argumento y una conclusión no es binaria, sino que hay un tercer término, que crea un nexo entre los dos enunciados. A este garante del paso del argumento a la conclusión llamaremos *topos*, en homenaje a Aristóteles, que ya en *Los Tópicos* formula una hipótesis muy parecida (véase también Toulmin y Perelman). ¿Qué son estos *topoi*? Son principios ideológicos, compartidos por una comunidad lingüística más o menos extensa, y que si bien sirven para la construcción arbitraria de representaciones ideológicas, se presentan siempre como si fueran exteriores al locutor, y por consiguiente, totalmente objetivos. He aquí otro ejemplo. Un enunciado como:

- (14) Le he hecho un gran favor a Juan, y aún estoy esperando las gracias.

si bien «sucna» totalmente natural, se basa en realidad en una ética posible pero de ninguna manera obligatoria, a saber que un servicio prestado exige una contrapartida. Ética que se refleja en el modismo *devolver el favor*. Hay más: la misma noción de *gratitud* es incomprendible si no existe la posibilidad de una ética tal como la mencionada. Llegamos entonces a un punto-clave de la teoría: el significado de una palabra tiene algo que ver con los *topoi*. En pocas palabras, el significado de una palabra se compone de un haz de *topoi*.

Examinemos ahora los dos siguientes encadenamientos:

- (15) Alberto es un genio: resuelve los problemas más difíciles como si nada.
 (16) Alberto es un genio: es, por tanto, insoportable.

Aunque muy parecidos en cuanto a la forma superficial, estos dos enunciados son muy distintos desde el punto de vista semántico. En (15) en efecto, el encadenamiento no hace otra cosa que explicitar lo que todos sa-

bemos que es un genio: una inteligencia superior. En (16) en cambio, el encadenamiento se basa en un lugar común: que la convivencia con un genio es algo problemática. Los dos *topoi* subyacentes *Un genio resuelve todas las dificultades* y *No se puede convivir con un genio* son por tanto de naturaleza distinta: el primero forma parte del mismo significado de la palabra (es un *topos* intrínseco), y el segundo sólo sirve de garante del encadenamiento (es un *topos* extrínseco). Esta distinción nos permite dilucidar un problema de conectores: una de las diferencias entre *pero* y *sin embargo*, como aparece en:

- (17) Hay un problema, pero es fácil de resolver.
- * (18) Hay un problema, pero es difícil de resolver.
- ? (19) Hay un problema, sin embargo es fácil de resolver.
- * (20) Hay un problema, sin embargo es difícil de resolver.

Dado que un problema supone dificultades, partiremos de la base que el vínculo entre *problema* y *dificultades* es un *topos* intrínseco. Puesto que tanto *pero* como *sin embargo* exigen una oposición se comprende entonces el carácter extraño de (18) y (20). En cuanto a la diferencia entre (17) y (19), se debe a que *sin embargo* exige *topoi* extrínsecos y no admite los intrínsecos, mientras que *pero* acepta los dos tipos, como se puede ver en:

- (21) Hay un problema, pero el jefe se empeña en no hacer nada.
- (22) Hay un problema, sin embargo, el jefe se empeña en no hacer nada.

Nótese que se encuentran *topoi* intrínsecos incluso en el campo del tiempo y del aspecto, como se puede comprobar en:

- (23) Este lampista trabaja bien, pero es (lento + ??rápido).
- (24) El arqueólogo ha examinado el manuscrito, pero (??lentamente – rápidamente)⁶.

Ciertos fenómenos de elipsis se pueden explicar mediante el postulado de la existencia de *topoi* intrínsecos vinculados a las palabras. Por ejemplo:

- (25) El blanco es fácil de (alcanzar + faltar).
- (26) Esta solución es fácil de (poner en práctica + admitir).

⁶ Evidentemente, se ha de suponer en contexto «normal». Lo interesante del caso es que pone de manifiesto que los verbos se reparten en dos clases: los que suponen la rapidez en la actuación (como *trabajar, acudir, irse,...* etc.), y los que, a la inversa, suponen la lentitud (así *examinar, estudiar, describir, leer,...*)

- (27) Una búsqueda tal es difícil de (realizar = abandonar).
 (28) Es fácil el blanco (= de alcanzar).
 (29) Esta solución es fácil (= de poner en práctica).
 (30) Una búsqueda tal es difícil (= de realizar).

4. *Topoi, paremias, y frases genéricas*⁷.

Quisiera ahora plantear el problema de la naturaleza lingüística de los *topoi*. Hasta ahora, en efecto, sólo he afirmado su existencia, sin decir palabra de su naturaleza o de su forma.

Partiremos de otra observación que con O. Ducrot hemos hecho con frecuencia: que hay un número importante de *topoi* que tienen una forma lingüística muy particular y específica, es decir los refranes, sentencias, proverbios, dichos, apotegmas... etc. (*De refranes y cantares tiene el pueblo mil millares*). En muchos casos, nuestra forma de argumentar o de razonar se apoya en paremias. Veamos unos cuantos ejemplos:

- (30) No te van a subir el sueldo porque no lo sabes hacer. Tendrías que ir a ver a tu jefe, explicarle que tenemos muchos gastos y que estamos arruinados.
 (31) No te quejes. Ya sé que no te gustó lo que se comentó en la asamblea, pero tampoco dijiste nada.
 (32) Si no hablaras tanto, tendrías menos problemas.

La argumentación presente en cada uno de estos encadenamientos se apoya en un soporte, un *topos*, cuya especificidad reside en que le corresponde una forma paremiológica equivalente, a saber:

- (30') Quien no llora, no mama.
 (31') Quien calla, otorga.
 (32') Por la boca muere el pez.

Naturalmente, no siempre es el caso que un encadenamiento se base en un refrán o un dicho. Un encadenamiento como *Sube la calefacción, que tengo frío* es perfectamente natural, y sin embargo, no existe un refrán co-

⁷ Como me lo señaló Julia Sevilla (Universidad Complutense de Madrid), y con toda la razón, hago un uso algo abusivo del vocablo *refrán*, cuando *paremia* es el único término adecuado para designar los enunciados sentenciosos como refranes, apotegmas, proverbios, y demás giros gnómicos.

mo *Quien tiene frío sube la calefacción*. La idea que quiero desarrollar aquí es la siguiente: el vínculo que parece existir entre los *topoi* y las paremias (al menos en el caso de los refranes) no se debe a que los refranes sean refranes, sino a que ciertas características lingüísticas de los refranes son en realidad típicas de una clase más amplia de enunciados, la clase de las frases genéricas.

Tradicionalmente, la clase de las frases genéricas se divide en tres subclases:

a) Las frases genéricas analíticas:

- (33) Las ballenas son mamíferos.
- (34) Los simios son primates.
- (35) El hombre tiene un corazón y dos pulmones.

Estas frases tienen como característica de ser verdaderas en virtud del propio significado de las palabras que las componen. Conocer el significado de las palabras *simio* y *primate* por ejemplo, viene a ser lo mismo que saber entre otras cosas que la frase (34) es analítica.

b) Las frases tipificantes (a priori), como:

- (36) Los simios comen plátanos.
- (37) Los gatos cazan durante la noche.
- (38) María va al colegio en bicicleta.

Son enunciados que presentan una generalidad como probable: es normalmente el caso que los simios coman plátanos, pero pueden existir excepciones, sin que la frase tipificante (a priori) deje de ser genérica:

- (39) Los simios comen plátanos, pero Copito de nieve, no.

c) Las frases genéricas tipificantes locales, de las que no hablaré aquí. Son frases como por ejemplo:

- (40) Los gatos son afectuosos.
- (41) Las serpientes dan asco.

Expresan un juicio válido «localmente», o sea la opinión del locutor.

Ahora bien, a cada subclase corresponde una serie de características propias. Las frases genéricas tipificantes (a priori), además de la compatibilidad con posibles excepciones, tienen, entre otras muchas, las siguientes:

a) Permiten lo que los lingüistas de la Edad Media denominaban *el descenso al particular*. Todo locutor que reconozca que (36), (37) y (38) son frases genéricas tipificantes enunciará sin ninguna clase de problema frases como:

- (42) Este simio come plátanos.
- (43) Este gato caza durante la noche.
- (44) Mañana, María va al colegio en bicicleta.

b) No admiten la combinación con los llamados adverbios de enunciación («adverbios orientados hacia el sujeto», en la terminología generativista):

- ?? (45) Sinceramente, los simios comen plátanos.
- ?? (46) Francamente, los gatos cazan durante la noche.
- ?? (47) Seguramente, María va al colegio en bicicleta.¹

Lo sorprendente del caso es que los refranes comparten estas mismas propiedades:

a) Admiten excepciones sin dejar de ser frases genéricas:

- (48) (Dicen que) piedra movediza nunca de moho se cobija. Y sin embargo, Juan cambia de trabajo cada dos años y está forrado.
- (49) (Dicen que) que por la boca muere el pez. Y sin embargo, Juan habla por los codos de todos y de todo y nunca tiene el menor problema

b) Admiten el descenso al particular, incluso diría que es el uso más frecuente que hacemos de los refranes:

- (50) Si no quieres tener problemas, no hables tanto, que por la boca muere el pez.
- (51) Ya que en su tiempo no me diste nada, no esperes nada de mí. Maños que no dáis...

c) No admiten la combinación con los adverbios de enunciación, salvo si se trata de comentar la validez del refrán en un caso concreto (ej. (55)):

¹ Tales frases son inaceptables si la frase-base es genérica. En el caso contrario — por ejemplo si expresan la mera opinión del locutor — pueden ser aceptables:

Sinceramente, (pienso que) los simios comen plátanos.
Seguro que María va al colegio en bicicleta.

- ?? (52) Francamente, quien calia otorga.
 ?? (53) Por la boca muere el pez, sinceramente.
 ?? (54) Seguramente, quien no llora, no mama.
 (55) Hoy en día, sinceramente, quien no llora, no mama*.

Llegamos pues a la conclusión de que los refranes forman parte de las frases genéricas tipificantes. Lo cual me conduce a la hipótesis de que un *topos* es una frase genérica tipificante, y que el significado de una palabra es, por tanto, un haz de frases genéricas.

5. *Topoi* y teoría de los estereotipos.

En este último apartado, quisiera ampliar el debate, situándome desde un punto de vista aún más general: la teoría de los estereotipos. En un artículo de 1984, B. Fradin define un estereotipo como «...una lista abierta de frases vinculadas a una palabra... y que definen el significado de esta palabra». Desde esta óptica, la teoría de los *topoi* tal como la he presentado — o sea incluyéndole el postulado de que los *topoi* son frases genéricas — es una teoría de los estereotipos. Cabe señalar aquí que todos los estereotipos que utiliza B. Fradin son frases genéricas. Hemos visto ya el nexo entre el valor léxico de las palabras, los refranes, y los encadenamientos. Quisiera mostrar ahora que la teoría de los estereotipos también permite dilucidar fenómenos de morfo-semántica, e incluso de sintaxis.

5.1. Teoría de los estereotipos y morfo-semántica.

Me interesaré aquí por un fenómeno muy extraño de derivación léxica: los adjetivos formados con el prefijo negativo *in-*. Entre otros problemas, hay el siguiente: que muchos de estos adjetivos no tienen ninguna contrapartida positiva, o sea que al adjetivo negativo *in+M* no le corresponde ningún antónimo *M*. Es el caso de: *imberbe/*berbe*, *informe/*forme*, *incoloro/*coloro*, *inodoro/*odoro*, *insólito/*sólito*, *inmenso/*menso*... etc. Nó-

* Esta propiedad se debe a que tales adverbios sólo pueden comentar un enunciado cuya responsabilidad es la del locutor del adverbio. Por tanto, un adverbio no puede comentar un refrán (cuya existencia se atribuye a la sabiduría popular), pero sí puede comentar la responsabilidad que asume el locutor cuando afirma la validez del refrán en un caso concreto.

tese que un fenómeno tal impide ver la formación de estos adjetivos como la simple derivación de una palabra a partir de otra palabra, ya que la base no existe como palabra. Para explicar este fenómeno, partiremos de una propiedad esta vez característica de las frases genéricas analíticas: no permiten el descenso a lo particular. En contextos normales, uno no puede decir:

- * (56) Este simio es un primate.
- * (57) Este hombre tiene un corazón y dos pulmones.
- * (58) Mi bicicleta tiene dos pedales.

En otros términos, una propiedad esencial (o sea constitutiva de una clase) no puede ser predicada de una entidad particular. De ahí la solución a nuestro problema: las propiedades esenciales son precisamente las que dan lugar a frases genéricas analíticas. La capacidad para tener barba es constitutiva del hombre¹⁰, y no puede por tanto predicarse de un ser particular. De donde **herbe*. Por otra parte, se puede decir de un ser que se aparta de la norma, que es anormal. De donde *imberbe*: es imberbe una persona que no tiene barba porque no la puede tener, porque algún fenómeno hace que desde el punto de vista de la capacidad «barbifera», esta persona es extraordinaria, o sea fuera del orden natural. Del mismo modo, todo sólido tiene una forma; en otros términos, la frase *Un sólido tiene una forma determinada* es una frase genérica analítica, que no autoriza el descenso a lo particular. De ahí **forme*, pero *informe*. Los otros casos mencionados pueden ser explicados mediante un razonamiento similar¹¹.

¹⁰ O sea, la frase *El hombre tiene barba* es genérica analítica.

¹¹ Según el Profesor José Polo, no hay *coloro* y *odoro* porque ya existen los sustitutos *colorado* y *oloroso/odorante*. En cuanto a *sólito*, figura en el *Diccionario de la Real Academia*, con el significado 'acostumbrado'. A lo que responderemos que *colorado* no es antónimo de *incoloro*: una hoja de papel es blanca, y por tanto tiene un color. Sin embargo, no se puede decir de una hoja blanca que es colorada. Tampoco son *oloroso/odorante* los antónimos de *inodoro*, no significan 'que tiene un olor', sino 'que exhala de sí fragancia'. Examinemos ahora el caso del poco usado *sólito*. Cabe observar primero que *insólito* no significa 'no habitual', sino 'no habitual por naturaleza'. Supongamos que una persona tenga la extraña costumbre de poner sus zapatos sobre la mesa del comedor. Esa mesa sería el sitio *usual* de los zapatos, pero no dejaría de ser un sitio *insólito* para unos zapatos. En otras palabras, el *sólito* 'acostumbrado' no es el exacto antónimo de *insólito*. Ese antónimo no existe en conformidad con nuestra regla. Los pocos ejemplos de *sólito* que aparecen en la literatura (así en Ortega y Gasset *La más sólito era que...*) confirman este valor de 'acostumbrado, frecuente, usual', sin más. Si está hoy en desuso la palabra *sólito*, es justamente por su tendencia a especializarse con el valor 'usual por naturaleza'. Sea dicho de paso, ocurrió lo mismo en el latín

5.2. Teoría de los estereotipos y sintaxis.

Sobre la base de ejemplos franceses, B. Fradin demuestra que hay tres tipos de frases estereotípicas:

a) Locativas:

- (59) Dans un jardin, il y a des fleurs.
- (60) Dans un couple, il y a un mari.
- (61) Dans un restaurant, il y a un menu.

b) Estativas:

- (62) Une bague a une monture.
- (63) Un pardessus a des manches.
- (64) Barcelona a un port.

c) Procesivas:

- (65) Un four produit de la chaleur.
- (66) Les enfants portent des chaussures.

En otras palabras, la relación entre por ejemplo *enfant* y *chaussures* es procesiva, y la relación entre *bague* y *monture* es estativa. Estudiando la referencia anafórica por *en*, B. Fradin llega a la conclusión de que es posible en dos casos:

1. El sustantivo cabeza es de tipo sincategoremático («argumental» en la terminología generativista)¹²:

- (67) Le conducteur du camion.
- (68) Ce camion, Pierre *en* est le conducteur.

2. El sustantivo cabeza es de tipo categoremático, caso que es el que nos interesa aquí. *En* es entonces posible solamente si el estereotipo es de tipo estativo:

clásico. La prosa clásica hace poco uso del adjetivo *solitus* 'acostumbrado', al que obviamente prefiere *consuetus*. Menos en algunos contextos comparativos donde el giro significa poco más o menos 'insólito', a saber (*praeter - ultra - supra*) *solitum*, (*plus - magis*) *solito* 'más que de costumbre'. Fenómeno en el que veo una confirmación casi directa de mi análisis.

¹² Por ejemplo, los nombres apelativos de acción suelen ser sincategoremáticos. En cambio, los numerables son categoremáticos en la gran mayoría de los casos.

- * (69) Si vous allez au jardin, vous pouvez *en* cueillir les fleurs.
- * (70) Il s'approcha du four. La chaleur *en* était insupportable.
- (71) Regarde ton pardessus: les manches *en* sont toutes tachées.

La lengua catalana posee también un pronombre *en*. Lo curioso del caso es que parece que funciona más o menos como su primo galo, como se puede comprobar en los siguientes ejemplos:

- D'aquest cotxe, *en* soc el conductor.
- De Barcelona, el port *n'*és la part més bonica.
- * Si aneu al jardí, *en* podeu collir les flors¹³.
- Veus aquest anell? La montura *n'*és d'or.
- * Veus aquesta parella? Em fa l'efecte que el marit *n'*està emprenyat.
- * Els nens han arribat del col·legi. Les sabates *en* son plenes de fang.
- * És va acostar al forn. La calor *n'*era insoporable.
- * Vam anar al restaurant, però ja no *en* serveixen el menú.
- Mira el teu abric: la mànega *n'*està tacada.

Llegamos así a la conclusión de que —al menos en el caso de los ejemplos examinados aquí— el catalán y el francés comparten los mismos estereotipos.

BIBLIOGRAFÍA

Anscombe, J. C.. (1994a): «L'insoutenable légèreté morphologique du préfixe négatif *in-* dans la formation d'adjectifs», *Л҃҃҃*, número spécial *La négation*, págs. 299-321.

¹³ Todos los ejemplos catalanes proceden de un mismo pueblo de Cataluña, zona Norte. Como me lo señaló el Profesor Ramón Cerdà, el ejemplo *Si aneu al jardí, en podeu collir les flors* es totalmente aceptable para muchos catalanoparlantes, cuando el rechazo fue unánime en el pueblo donde hice la investigación. Hay más: esta frase figura como ejemplo de uso de *en* en el *Primer cursa de catalán*, de Roser Latorre, Barcelona, Editorial Barcino, 1966, pag. 140. Hay varias explicaciones posibles, entre las que propongo la siguiente. Dado que es aceptable la frase *Si aneu al jardí, hi podeu collir les flors*, habría en catalán dos frases estereotípicas entre *jardí* y *flors*: La ya mencionada locativa, y la estativa *Un jardí tiene flors*. La primera parte *Si aneu al jardí* induciría una interpretación exclusivamente locativa para ciertos catalanoparlantes, la cual impediría el *en*. Para otros en cambio, el carácter locativo de esta primera parte no sería un impedimento para una lectura estativa, como por ejemplo la siguiente: *Si aneu al jardí, (d'aquest jardí) en podeu collir les flors*, la cual permite el *en*.

- (1994b): «La sémantique française au XX^e siècle: de la théorie de la référence à théorie des stéréotypes», en J. F. Corcuera, M. Djan, A. Gaspar, (eds.), *La lingüística francesa: situación y perspectivas a finales del siglo XX*, Zaragoza, págs. 9-27.
- (1995a): «De l'argumentation dans la langue à la théorie des topoï», en J. C. Anscombe, (ed.), *La théorie des topoï*, Paris, Editions Kimé, págs. 11-47.
- (1995b): «La nature des topoï», en J.C. Anscombe (ed.), *La théorie des topoï*, Paris, Editions Kimé, págs. 49-84.
- Anscombe, J. C. y Ducrot, O., (1995): *La argumentación en la lengua*, Madrid, Gredos, versión española de Julia Seville y Marta Tordesillas.
- Bosque, I., (1989): *Las categorías gramaticales*, Madrid, Editorial Síntesis.
- Fradin, B., (1984): «Anaphorisation et stéréotypes nominaux», *Lingua*, 64, págs. 325-369.
- Frege, G., (1984): *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Editorial Ariel.
- García-Negrón, M. M., 1995, «Scalarité et réinterprétation: les modificateurs surréalisants», en J. C. Anscombe (ed.), *La théorie des topoï*, Paris, Kimé, págs. 101-144.
- Kleiber, G., (1988): «Phrases génériques et raisonnement par défaut», *Le français moderne*, 56 1/2, págs. 1-15.
- Putnam, H., (1974): «The Meaning of Meaning», *Philosophical Papers 2*, Cambridge University Press, págs. 215-271.
- Quine, W. V. O., «Two Dogmas of Empiricism», *From a Logical Point of View*, Nueva York, Harper and Row, págs. 20-46.
- Sevilla-Muñoz, J., (1993): «Las proverbios franceses recopilados por Hernán Núñez», *Proverbia*, 1, págs. 101-117.